

... una piedra, una hoja, una puerta ignota; de una piedra, una hoja, una puerta. Y de todos los rostros olvidados.

Desnudos y solos llegamos al exilio. En su oscuro vientre no conocíamos el rostro de nuestra madre; de la prisión de su carne hemos llegado a la prisión atroz e inefable de este mundo.

¿Quién de nosotros ha conocido a su hermano? ¿Quién de nosotros ha mirado en el corazón de su padre? ¿Quién de nosotros no sigue estando eternamente prisionero? ¿Quién de nosotros no es eternamente un extraño que está solo?

¡Ay, qué desperdicio de pérdidas, en los calurosos laberintos, perdidos, entre relucientes estrellas en esta ceniza tan apagada y tediosa, perdidos! Recordando sin habla buscamos el gran lenguaje olvidado, el camino perdido al cielo, una piedra, una hoja, una puerta ignota. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Perdido, y por el viento llorado, vuelve, espíritu.



1



Un destino que conduce de ingleses a holandeses es bastante extraño, pero el que conduce de Epsom a Pensilvania, y de allí a las montañas que se cierran en Altamont sobre el arrogante canto de coral del gallo y la dulce sonrisa de piedra de un ángel, tiene algo de oscuro milagro del azar que produce una nueva magia en un mundo gris.

Cada uno de nosotros somos todas las sumas que no hemos contado: restemos hasta volver a la desnudez y la noche y veremos que hace cuatro mil años empezó en Creta el amor que ayer terminó en Texas.

La semilla de nuestra destrucción florecerá en el desierto, el complemento² de nuestra cura crece junto a la roca de una montaña y nuestras vidas están marcadas por una pazpuerca de Georgia porque un ratero de Londres se libró de la horca. Cada momento es el fruto de cuarenta mil años. Los días van ganando minutos y, como las moscas, vuelven entre zumbidos a casa para morir, mientras cada momento es una ventana a todos los tiempos.

He aquí un momento:

Un inglés llamado Gilbert Gaunt, apellido que luego se cambió a Gant (en lo que probablemente fuera una concesión a la fonética yanqui), después de llegar en 1837 a Baltimore procedente de Bristol en un velero, pronto dejó que su imprevisor gazzate se bebiera los

² «Conjunto de proteínas plasmáticas que actúan mediante reacción en cascada y se fijan finalmente sobre la pared de células ajenas al organismo como las bacterias, a las que destruye». (*Diccionario de la lengua española [DLE]*).

beneficios que le reportaba una taberna que había comprado. Se marchó hacia el oeste hasta llegar a Pensilvania, donde se ganaba la vida con mucha dificultad y peligro enfrentando a sus gallos de pelea con los campeones de corrales rurales; a menudo tenía que huir tras pasar la noche en una cárcel de pueblo, con su campeón muerto en el campo de batalla, sin que en el bolsillo le tintineara una sola moneda y a veces con la marca de los grandes nudillos de un granjero en su temerario rostro. Pero siempre conseguía escapar; cuando finalmente llegó entre los holandeses en tiempo de cosecha, le emocionó tanto la abundancia de sus tierras que echó anclas allí. Al cabo de menos de un año se casó con una joven y tosca viuda que tenía una granja bien cuidada y a la que, como a todos los demás holandeses, él había cautivado con sus aires de hombre de mundo y su grandilocuente declamación, sobre todo cuando interpretaba *Hamlet* al modo del gran Edmund Kean. Todos decían que tendría que haber sido actor.

El inglés engendró hijos —una chica y cuatro chicos—, llevó una vida fácil y despreocupada y aguantó con paciencia el peso de la lengua severa pero honrada de su mujer. Pasaron los años, sus ojos brillantes y algo penetrantes se tornaron apagados y ojerosos, y el alto inglés empezó a caminar arrastrando los pies por culpa de la gota; una mañana, cuando su mujer fue a fastidiarlo y que se despertara, lo encontró muerto de una apoplejía. Dejó cinco hijos, una hipoteca y —en sus extraños ojos negros, que, brillantes y abiertos, ahora miraban fijamente— algo que no había muerto: una apasionada y oscura ansia de viajar.

Así, con ese legado, dejemos a este inglés y ocupémonos del heredero que lo recibió, su segundo hijo, un chico llamado Oliver. Un chico que, desde el camino próximo a la granja de su madre, vio pasar marchando a los polvorientos rebeldes de camino a Gettysburg, al que los fríos ojos se le oscurecieron al oír el gran nombre de Virginia, y que el año en que terminó la guerra, cuando aún tenía quince años, iba por una calle de Baltimore y vio dentro de una pequeña tienda unas lisas lápidas de granito, corderos y querubines tallados, además

de un ángel que, sobre sus fríos y tísicos pies, tenía una dulce sonrisa pétrea de imbecilidad: todo eso es una larga historia. Pero sé que sus ojos fríos y poco profundos se oscurecieron con la misma ansia apasionada y oscura que había sobrevivido en los ojos de un muerto y que lo había llevado desde Fenchurch Street más allá de Filadelfia. Mientras el muchacho contemplaba el gran ángel con su tallo de lirio esculpido que le servía de base, un entusiasmo frío e indescriptible se apoderó de él. Los largos dedos de sus grandes manos se cerraron. Sintió que su mayor deseo en esta vida sería coger un cincel y ponerse a tallar con delicadeza. Quería verter algo oscuro e inefable que habitaba en su interior y verterlo en la fría piedra. Quería esculpir la cabeza de un ángel.

Oliver entró en la tienda y le pidió trabajo a un corpulento hombre con barba que sostenía un mazo de madera. Se convirtió en aprendiz del cantero. Trabajó cinco años en ese patio polvoriento. Al terminar su aprendizaje, ya se había hecho un hombre.

Nunca lo encontró. Jamás aprendió a esculpir la cabeza de un ángel. La paloma, el cordero, las suaves manos unidas de mármol de la muerte y las letras, todo eso sí, y bien, pero el ángel no. Y todos los años desperdiciados y perdidos —los años de desenfreno en Baltimore, de trabajo y borracheras salvajes, y de asistir al teatro de Booth y Salvini, lo cual tuvo un efecto desastroso en el cantero, que memorizaba cada acento de su noble diatriba y caminaba a grandes zancadas por las calles farfullando con rápidos aspavientos de sus grandes manos habladoras—, eso son pasos a ciegas y a tientas de nuestro exilio, la pintura de nuestra ansia, mientras, recordando sin habla, buscamos el gran lenguaje olvidado, el camino perdido al cielo, una piedra, una hoja, una puerta. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Él nunca lo encontró, y fue dando tumbos por el continente hasta llegar al Sur de la Reconstrucción; una extraña forma salvaje de más de un metro noventa, de ojos fríos e inquietos, una nariz como una gran hoja de acero y una oleada de vibrante retórica, una invectiva tan ridícula como cómica y tan formalizada como el epíteto clásico,

que utilizaba en serio, pero con una leve sonrisa intranquila en las comisuras de su boca fina y vociferante.

Montó un negocio en Sydney, la pequeña capital de uno de los estados sureños centrales, vivió con sobriedad y diligencia bajo la atenta mirada de una gente todavía airada por las hostilidades y la derrota, y finalmente, una vez que se hizo un buen nombre y se ganó la aceptación de los demás, se casó con una hilandera descarnada y tuberculosa que, aunque era diez años mayor que él, tenía unos ahorros y la inquebrantable voluntad de contraer matrimonio. Al cabo de menos de año y medio, él volvía a ser un maniaco vociferante, su pequeño negocio se fue al garete mientras él iba de mal en peor y Cynthia, su mujer —a la que, según los lugareños, él no contribuyó a alargarle la vida—, murió de repente una noche tras una hemorragia.

Así que de nuevo estaba todo perdido —Cynthia, la tienda, los elogios por su sobriedad que tanto le había costado ganarse, la cabeza del ángel— y caminaba por las calles de noche gritando su maldición en pentámetro contra los rebeldes y toda su indolencia; pero, enfermo de miedo, perplejidad y mala conciencia, se fue marchitando bajo la mirada reprobatoria de la ciudad, convencido, conforme se le consumía la carne de su descarnado cuerpo, de que el flagelo de Cynthia se estaba vengando de él.

Aunque sólo estaba en la treintena, parecía mucho mayor. Tenía el rostro amarillento y hundido; su cérea nariz era como un pico de ave. El largo bigote castaño le colgaba como acongojado.

Sus tremendas borracheras le habían arruinado la salud. Estaba delgado como un palo y tenía tos. Se acordó de Cynthia, en esa ciudad solitaria y hostil, y se asustó. Pensó que tenía tuberculosis e iba a morir.

Así que, de nuevo solo y perdido, sin haber encontrado orden ni estabilidad en el mundo, y con la tierra arrancada de sus pies, Oliver reanudó su marcha sin rumbo por el continente. Tomó dirección oeste hacia la gran fortaleza de las montañas, a sabiendas de que más allá

de ellas no se conocería su fama de malvado, y con la esperanza de encontrar allí aislamiento, una nueva vida y salud.

Los ojos del espectro descarnado se volvieron a oscurecer, como en su juventud.

Todo el día, bajo un húmedo cielo gris de octubre, Oliver se dirigió en tren hacia el oeste por el enorme estado. Mientras por la ventanilla contemplaba abrumado la vasta tierra virgen tan poco arada por las fútiles y esporádicas pequeñas granjas, que solo parecían haber escarbado insignificantes retazos en aquellos terrenos, se sintió frío y apesadumbrado. Pensó en los grandes graneros de Pensilvania, en el grano dorado que se inclinaba en plena madurez, en la abundancia, en el orden, en la limpia eficacia de la gente. Y pensó en que él se había propuesto conseguir orden y buena posición para sí, y, sin embargo, ahí estaba la desmadrada confusión de su vida, el manchón borroso de los años y el rojo desperdicio de su juventud.

¡Dios mío!, pensó. ¡Me estoy haciendo viejo! ¿Por qué aquí?

El truculento desfile de sus espectrales años marchó por su cabeza. De repente vio que su vida había estado encauzada por una serie de accidentes: un rebelde loco que cantaba sobre el Apocalipsis, el sonido de un clarín en el camino, los cascos de las mulas del ejército, el rostro tonto y níveo de un ángel en una tienda polvorienta, el descarado contoneo de ancas de una fulana al pasar. Se había marchado tambaleante del calor y la abundancia a esa tierra yerma; mientras contemplaba por la ventanilla la tierra en barbecho y sin labrar, la gran elevación agreste del Piedmont, los embarrados caminos de arcilla roja y la gente abandonada que miraba boquiabierta las estaciones —un enjuto granjero que se inclinaba desgarrado sobre las riendas, un negro parsimonioso, un palurdo desdentado, una mujer de rasgos duros y cetrinos que llevaba un niño mugriento—, lo extraño del destino le asestó una puñalada de miedo. ¿Cómo había

llegado hasta allí, de la limpia eficacia holandesa de su juventud a esa vasta y perdida tierra de raquitismo?

El tren traqueteaba sobre la tierra hedionda. La lluvia caía incesante. Un guarda-frenos entró con una corriente de aire en el sucio vagón afelpado de tercera y vació un cubo de carbón en la gran estufa del fondo. Una fuerte risa hueca sacudió a un grupo de pueblerinos que iban despatarrados en dos asientos frente a frente. La campana tañó lastimera por encima de la estridencia de las ruedas. Hubo una espera monótona e interminable en una ciudad en la que se hacían trasbordos que estaba cercana al pie de las colinas. Y luego el tren volvió a avanzar por esas vastas tierras onduladas.

Llegó el anochecer. La enorme mole de las montañas emergía entre la niebla. Pequeñas luces humeantes se encendían en las chozas de las laderas. El tren atravesaba vertiginosamente altos puentes de caballete que cruzaban unas fantasmagóricas guindalezas de agua. En lo alto, en lo bajo, coronadas con volutas de humo, unas cabañas de juguete se aferraban a riberas, barrancos y laderas. El tren subía penosa y sinuosamente entre rojos cortes hechos para él con lento esfuerzo. Cuando anochecía, Oliver se bajó en la pequeña ciudad de Old Stockade, donde terminaba la vía férrea. El último gran muro de montañas se elevaba agreste sobre él. Mientras salía de la pequeña y lóbrega estación y contemplaba el grasiento farol de una tienda de pueblo, Oliver pensó que iba arrastrándose como una gran bestia hacia el cinturón de esas enormes montañas para morir allí.

A la mañana siguiente prosiguió el viaje en diligencia. Se dirigía a la pequeña ciudad de Altamont,³ treinta y ocho kilómetros más allá del borde de la gran muralla exterior de las montañas. Mientras los caballos se esforzaban para subir lentamente por el camino de montaña, Oliver se animó un poco. Era un día entre grisáceo y dorado de

³ Es la ciudad de Asheville, en Carolina del Norte, donde se crio Wolfe. Las montañas son la Cordillera Azul.

+

finales de octubre, reluciente y ventoso. El aire de la montaña era cortante y brillante; la cordillera se elevaba sobre él, cercana, inmensa, limpia y yerma. Los árboles se alzaban adustos y desnudos, casi sin hojas. El cielo estaba lleno de blancos retazos de nubes empujados por el viento; una gruesa hoja de neblina se arrastraba lentamente por el terraplén de una montaña.

Por debajo de él, un arroyo montañoso corría haciendo espuma por su lecho de piedra, y pequeños puntos humanos construían la vía que llegaría serpenteante por la montaña hasta Altamont. Entonces el sudoroso tiro de caballos lamió el barranco de la montaña y, entre elevadas y señoriales sierras que se desvanecían en la neblina púrpura, iniciaron el lento descenso hasta la altiplanicie en que se erigía la ciudad de Altamont.

En la evocadora eternidad de esas montañas, bordeada por su enorme cáliz, encontró, extendiéndose por sus cien colinas y hondonadas, una ciudad de cuatro mil habitantes.

Eran nuevas tierras. Recobró el ánimo.

Esa ciudad de Altamont se había fundado al poco de concluir la guerra de la Revolución. Era por aquel entonces una parada conveniente para los arrieros y granjeros que iban hacia el este desde Tennessee a Carolina del Sur. Y, durante varias décadas antes de la guerra civil, disfrutó de la clientela veraniega de gente distinguida de Charleston y de las plantaciones del caluroso sur. Cuando Oliver llegó allí, no solo empezaba a hacerse cierto nombre como lugar de veraneo, sino también como sanatorio para tuberculosos. Varios hombres ricos del norte habían construido pabellones de caza en las montañas, y uno de ellos había comprado enormes extensiones de tierra montañosa y, con un ejército de arquitectos, carpinteros y albañiles importados, estaba edificando la mayor finca rural de Norteamérica: de piedra caliza, tejados inclinados de pizarra y ciento ochenta y tres habitaciones. Estaba inspirada en el *château* de Blois. También había

un enorme hotel nuevo y un suntuoso granero de madera que se elevaban con holgura en la cumbre de una imponente colina.

Pero la mayoría de la población todavía era del lugar, reclutada entre las gentes de la montaña y el campo de las regiones de alrededor. Eran montañeros de ascendencia irlandesa y escocesa, toscos, provincianos, inteligentes y trabajadores.

Oliver había salvado unos mil doscientos dólares de la ruina de la finca de Cynthia. En invierno alquiló una casucha en un extremo de la plaza de la ciudad, adquirió un pequeño lote de bloques de mármol y montó un negocio. Sin embargo, poco tuvo que hacer al principio, salvo pensar en la perspectiva de su muerte. Durante ese crudo y solitario invierno, mientras creía que se moría, el espantajo del yanqui descarnado que iba como loco farfullando por las calles se convirtió en objeto habitual de chismorreos entre los lugareños. Todos los de su pensión sabían que de noche recorría su cuarto a grandes zancadas, y que un largo y bajo murmullo, que parecía salirle de las tripas, temblaba sin cesar en sus delgados labios, pese a que él no le habló a nadie de eso.

Y entonces llegó la maravillosa primavera de las montañas, verde y dorada, con breves rachas de viento, la magia y fragancia de las flores y unas cálidas ráfagas balsámicas. La gran herida de Oliver empezó a sanar. Volvió a oírse su voz en la tierra, destellos púrpura de su antigua retórica, el fantasma de su vieja ansiedad.

Un día de abril en que se encontraba delante de su tienda, como con los sentidos recién despertados observando la vida y el trajín de la plaza, oyó a sus espaldas la voz de un hombre que pasaba. Y esa voz monótona, lenta y displicente iluminó de pronto una imagen que llevaba veinte años muerta en él.

—El fin se acerca. Según mis cálculos, será el 11 de junio de 1886.

Oliver se dio la vuelta y vio que se alejaba la corpulenta y persuasiva figura del profeta que había visto por última vez desapareciendo por el camino polvoriento que llevaba a Gettysburg y al Apocalipsis.

—¿Quién es? —preguntó a un hombre.

Este miró y sonrió.

—Es Bacchus Pentland —contestó—. Todo un personaje. Hay muchos de los suyos por aquí.

Oliver se chupó el pulgar brevemente, tras lo que, con una ligera sonrisa burlona, preguntó:

—¿Ha llegado ya el Apocalipsis?

—Él espera que llegue cualquier día de estos —dijo el hombre.

Entonces Oliver conoció a Eliza. Una tarde de primavera estaba tumbado en el suave sofá de cuero de su pequeña oficina, desde donde oía los claros sonidos aflautados de la plaza. Una paz tonificante llenaba su largo cuerpo estirado. Pensaba en la margosa tierra negra en la que de repente surgían jóvenes flores luminosas, en el perlado frescor de la cerveza, en las flores que caían del ciruelo. Y entonces oyó el brioso taconeo de una mujer que se acercaba por los bloques de mármol y rápidamente se levantó. Terminaba de ponerse la pesada levita, negra y bien cepillada, cuando ella entró.

—Le voy a decir una cosa —le espetó Eliza, frunciendo la boca a modo de reproche y en tono de broma—: me encantaría ser un hombre y no tener nada que hacer, salvo estar tumbada todo el día en un cómodo sofá.

—Buenas tardes, señora —dijo Oliver inclinándose con una floritura—. Sí —añadió con una leve sonrisa traviesa en su fina boca—, me ha cogido usted dando mi paseo medicinal. Lo cierto es que casi nunca me tumbo de día, pero llevo un año sin estar muy bien de salud y me es imposible hacer el mismo trabajo que antes. —Guardó silencio un momento mientras le surgía una expresión de abatimiento en el rostro—. Ay, Dios mío, no sé qué va a ser de mí.

—¡Bah! —exclamó Eliza con brioso desdén—. Para mí que no le pasa nada malo. Es un hombre fornido en la flor de la vida. No son más que imaginaciones tuyas. La mayoría de las veces que creemos estar enfermos es solo cosa de nuestras cabezas. Me acuerdo de hace

tres años, cuando enseñaba en una escuela de Hominy Township, y cogí una neumonía. Nadie esperaba que saliese con vida de esa, pero de algún modo lo conseguí; y me acuerdo muy bien de un día que estaba sentada, convaleciente que se dice, y lo recuerdo tan bien porque el viejo doctor Fletcher acababa de entrar a verme y al salir vi que miraba a mi prima Sally y negaba con la cabeza. «Pero, Eliza, qué demonios —me dijo ella en cuanto se hubo marchado el médico—, pero si me dice que escupes sangre cada vez que toses; ¡tú tienes la tisis como que estamos aquí!». «Bah», contesté, y me acuerdo que me reí con ganas, decidida a tomármelo todo como si fuera una gran broma, y pensé que no iban a poder conmigo y que les iba a tomar el pelo a todos. «No me creo ni una palabra», añadí. Mi prima asintió convencida y con la boca fruncida. «Y, además, Sally —le dije—, a todos nos llega nuestra hora, así que no vale la pena preocuparse por lo que pueda pasar. Lo mismo es mañana que más adelante, pero al final a todos nos llega nuestra hora, tarde o temprano».

—Ay, Dios mío —dijo Oliver negando entristecido con la cabeza—, ahí ha dado totalmente en el clavo. Jamás se ha dicho una verdad mayor.

¡Dios misericordioso!, pensó con una sonrisa interna de angustia. ¿Cuánto va a durar esto? Pero desde luego es un cielo de mujer.

Observó con admiración su esbelta y erguida figura y se fijó en su piel blanca como la leche, sus ojos de un castaño oscuro de curiosa mirada inquisitiva e infantil, y su cabello negro azabache que llevaba muy retirado de su alta frente blanca. Tenía la peculiar costumbre de fruncir pensativamente los labios antes de hablar; le gustaba tomarse su tiempo y terminaba por ir al grano después de interminables divagaciones por todos los caminos de los recuerdos y los trasfondos, regodeándose egocéntricamente en el dorado espectáculo de todo lo que alguna vez había dicho, hecho, sentido, pensado, visto o contestado.

Entonces, mientras él la contemplaba, ella dejó de pronto de hablar y, llevándose la pulcra mano enguantada a la barbilla, lo miró fijamente con la boca fruncida y pensativa.

—En fin —dijo Eliza al cabo de un instante—, si está mejor de salud y se pasa parte del tiempo tumbado, debería tener algo en lo que ocupar la mente. —Abrió la cartera de piel que llevaba y sacó una tarjeta de visita y dos gruesos volúmenes—. Me llamo Eliza Pentland —dijo con solemnidad y lento énfasis— y soy representante de la editorial Larkin.

Lo anunció con orgullo y digno entusiasmo. ¡Dios misericordioso! ¡Una representante de libros!, pensó Gant.

—Estamos ofreciendo —dijo Eliza según abría un enorme libro amarillo con un elaborado diseño de lanzas, banderas y coronas de laureles— un libro de poemas llamado *Joyas de la poesía para el hogar*, así como *El médico en casa: remedios caseros*, que contiene instrucciones para la cura y prevención de más de quinientas enfermedades.

—Bueno —dijo Gant con una leve sonrisa y chupándose el pulgar un instante—, seguro que ahí encuentro lo que tengo.

—Sí —contestó Eliza, asintiendo rápidamente—, como se suele decir, puede leer poesía para beneficio de su espíritu y el otro libro para beneficio de su cuerpo.

—Me gusta la poesía —dijo Gant al tiempo que hojeaba las páginas y se detenía con interés en la sección titulada *Canciones de espuela y sable*—. De pequeño me pasaba horas recitando poemas.

Compró los libros. Eliza guardó las muestras y, levantándose, miró con tanta intensidad como curiosidad por la polvorienta tienda.

—¿Tiene mucho trabajo? —preguntó.

—Muy poco —contestó Oliver con tristeza—. Casi no me llega para que cuerpo y espíritu sigan juntos. Soy un extraño en una tierra extraña.

—¡Bah! —dijo Eliza en tono jovial—. Tiene que salir y conocer a más gente. Necesita algo que haga que deje de pensar en sí mismo. Yo de usted arrimaría el hombro y me interesaría por el desarrollo de la ciudad. Tenemos todo lo necesario para que se convierta en una gran ciudad, paisajes, clima y recursos naturales, y todos deberíamos trabajar juntos. Si yo tuviera unos cuantos miles de dólares, sé lo que haría —dijo guiñándole rápidamente un ojo y hablando con un curioso movimiento masculino de mano, con el índice extendido y el puño apretado sin excesiva rigidez—. ¿Ve esta esquina en la que está? De aquí a unos pocos años valdrá el doble. Y por ahí —señaló delante de ella con el mismo gesto masculino— seguro que trazarán una calle algún día de estos y, entonces, —añadió frunciendo pensativa los labios— ese terreno valdrá mucho.

Siguió hablando de terrenos con una extraña ansia meditabunda. La ciudad parecía ser para ella un enorme plano; tenía la cabeza asombrosamente llena de cifras y cálculos: quién era dueño de un solar, quién lo vendía, el precio de venta, el valor real, el valor futuro, primeras y segundas hipotecas, etcétera. Cuando hubo terminado, Oliver dijo con toda la contundencia de su fuerte aversión y pensando en Sydney:

—Espero no volver a ser dueño de nada en la vida, salvo de una casa en la que vivir. Solo es una maldición y una preocupación, y al final se lo lleva todo el recaudador de impuestos.

Eliza lo miró sorprendida, como si acabara de soltar una deplorable herejía.

—Pero ¿qué forma de hablar es esa? —exclamó—. Digo yo que querrá tener algo por si llega una mala racha, ¿no?

—Ya estoy pasando una mala racha —contestó él con tristeza—. El único terreno que necesito son unos pocos metros de tierra en los que me entierren.

A continuación, mientras hablaban con más jovialidad, la acompañó a la puerta de la tienda y la vio alejarse remilgadamente por la plaza, subiéndose las faldas en los bordillos con elegancia.

Oliver volvió con sus bloques de mármol sintiendo una dicha que creía haber perdido para siempre.

La familia Pentland, la de Eliza, era uno de los clanes más extraños que jamás saliera de las montañas. No estaba claro que tuvieran derecho a llevar ese nombre de Pentland: un anglo-escocés de tal apellido, ingeniero de minas y abuelo del cabeza de familia de entonces, había llegado a las montañas tras la Revolución buscando cobre y vivió allí unos años engendrando varios hijos con una de las pioneras del lugar. Cuando él desapareció, la mujer adoptó para ella y sus hijos el nombre de Pentland.

Por entonces el jefe del clan era el padre de Eliza y hermano del profeta Bacchus, el comandante Thomas Pentland. Otro hermano había muerto en las batallas de los Siete Días. El comandante Pentland se había ganado el título militar de un modo tan honrado como discreto. Mientras Bacchus, que nunca pasó de cabo, se llenaba las duras manos de ampollas en la batalla de Shiloh, el comandante, al mando de dos compañías de voluntarios, protegía la fortaleza de las montañas. Esa fortaleza nunca se vio amenazada hasta los últimos días de la guerra, en que los voluntarios, emboscados tras árboles y rocas, dispararon tres descargas de disparos a un destacamento de rezagados de Sherman y luego discretamente se dispersaron para defender a sus mujeres e hijos.

La familia Pentland era tan antigua como cualquier otra del lugar, pero siempre habían sido pobres y no iban de gente refinada. Por matrimonios con otros, y también entre ellos, podían jactarse de cierta relación con gente importante, así como de cierta demencia y un mínimo de imbecilidad. No obstante, por su evidente superioridad en inteligencia y carácter, gozaban de una posición de fuerte respeto entre la mayoría de la gente de las montañas.

Los Pentland tenían marcados rasgos distintivos de su clan. Como la mayoría de las personas de fuerte personalidad que

proceden de familias raras, su poderosa impronta de grupo se volvía aún más imponente por las diferencias existentes entre ellos. Tenían narices anchas y prominentes de orificios carnosos y muy festoneados; bocas sensuales que eran una extraordinaria mezcla de delicadeza y tosquedad, y que cuando estaban pensando retorcían con asombrosa flexibilidad; frentes anchas e inteligentes y mejillas muy planas y un poquito hundidas. Los hombres eran por lo general rubicundos de cara, y su complexión más habitual se caracterizaba por ser rolliza, fuerte y de estatura media, si bien podía variar hasta llegar a lo larguirucho y cadavérico.

El comandante Thomas Pentland era padre de una familia numerosa en la que Eliza era la única hija que vivía. Una hermana pequeña había muerto unos cuantos años antes de una enfermedad que la familia identificaba con tristeza como «la escrófula de la pobre Jane». Eran seis chicos: Henry, el mayor, tenía treinta años; Will, veintiséis; Jim, veintidós; y Thaddeus, Elmer y Greeley, en ese orden, dieciocho, quince y once. Eliza tenía veinticuatro.

Los cuatro mayores, Henry, Will, Eliza y Jim, se habían criado en los años de posguerra. La pobreza y las privaciones de esos años habían sido tan terribles que ninguno de ellos jamás hablaba de eso, pero el amargo acero los había atravesado dejando unas cicatrices que no se cerraban.

El efecto de esos años en los hijos mayores hizo que desarrollaran una loca mezquindad, un amor insaciable por las posesiones y las ganas de huir de casa del comandante lo antes posible.

—Padre —dijo Eliza con dignidad señorial cuando pasó a Oliver por primera vez al salón de la casa—, le presento al señor Gant.

El comandante Pentland se levantó lentamente de su mecedora junto al fuego, cerró una gran navaja y dejó en la repisa de la chimenea la manzana que había estado pelando. Bacchus levantó la vista con benevolencia del palo que estaba tallando y Will, apartando la mirada

de las uñas regordetas que se estaba cortando como era habitual en él, saludó al visitante con un asentimiento de cabeza como de pajarito y un guiño. Los hombres siempre se estaban entreteniendo con sus navajas.

El comandante Pentland avanzó lentamente hacia Gant. Era un hombre bajo, fornido y rollizo, en la cincuentena, de rostro rubicundo, barba patriarcal y los rasgos marcados y satisfechos de su clan.

—Se llama W. O. Gant, ¿no? —preguntó con voz lenta y empalagosa.

—Sí —contestó Oliver—, así es.

—Por lo que me ha contado Eliza de usted —prosiguió el comandante, haciendo una señal a su público—, diría que tendría que llamarse L. E. Gant.⁴

En la habitación resonaron las risas gruesas y complacidas de los Pentland.

—¡Pero bueno! —exclamó Eliza llevándose la mano a su ancha nariz—. ¿Será posible, padre? ¿No le da vergüenza?

Gant sonrió con una leve expresión de falso regocijo.

El muy sinvergüenza, pensó. Esa la tenía preparada desde hace una semana.

—Ya conoces a Will de antes —dijo Eliza.

—De antes y de después —apuntó Will con un rápido guiño.

Cuando terminaron las risas, Eliza añadió:

—Y te presento al tío Bacchus.

—Sí, señor —dijo este con una sonrisa radiante—, el tío Bacchus en persona y hecho todo un caradura.

—Por ahí lo llaman *Back-us*⁵ —comentó Will con otro rápido guiño a todos—, pero aquí en la familia lo llamamos *Behind-us*.

—Supongo —dijo el comandante Pentland con parsimonia— que habrá servido usted en muchos jurados.

⁴ La pronunciación de «L. E. Gant» es similar a la de *elegant* (elegante).

⁵ Está jugando con la pronunciación de «Bacchus», similar a la de «Back-us», que significa, entre otras cosas, «el de detrás de nosotros», y de ahí ese «Behind-us», que tiene el mismo significado.

—No —contestó Oliver con una sonrisa helada y decidido a soportar lo peor—. ¿Por qué lo dice?

—Porque —dijo el comandante mirando de nuevo a todos— pensaba que había hecho usted mucho la *corte*...⁶

Entonces, mientras se reían, se abrió la puerta y entraron algunos de los demás: la madre de Eliza, una escocesa feúcha y ajada; Jim, un joven rubicundo y porcino que era el gemelo sin barba de su padre; Thaddeus, afable, rubicundo, de ojos y cabello castaños y bovino; y, por último, Greeley, el pequeño, un chico de múltiples sonrisas de idiota y lleno de extraños chillidos que hacían reír a todos. Tenía once años y era débil, degenerado y escrofuloso, pero sus blancas manos húmedas podían extraer de un violín una música que tenía algo de sobrenatural e instintivo.

Y mientras estaban allí sentados, en la pequeña y calurosa habitación con un cálido aroma a manzanas maduras, los enormes vientos aullaron desde las montañas, hubo un rugido remoto y enloquecido en los pinos y las ramas desnudas chocaron entre sí. Y mientras mondaban, se cortaban las uñas o tallaban, su conversación pasó de su tosca jocosidad a ocuparse de muertes y entierros: hablaron lentamente, con malvada ansia, de chismorreos del destino, de hombres recién metidos bajo tierra. Y conforme continuaban su charla, y Gant oía el gemido espectral del viento, se sintió sepultado en la pérdida y en la oscuridad, y su alma se hundió en el abismo de la noche, pues se dio cuenta de que tenía que morir siendo un extraño; que todos, salvo esos triunfales Pentland que se daban un festín con la muerte, tenían que morir.

Y como un hombre que está pereciendo en la noche polar, pensó en los fértiles prados de su juventud: en el trigo, los ciruelos y el grano maduro. ¿Por qué aquí? ¡Ay, perdido!

⁶ Esta vez el juego de palabras es con *court* y sus acepciones de «cortejar» o «hacer la corte», y la de «tribunal» de justicia.